

—Hoy, como siempre, padre, estoy á sus órdenes.

El sacerdote con cierto aire de timidez, contestó, haciendo una leve inclinación de cabeza, mientras arreglaba los pliegues de su capa, cuyos embozos se escapaban, á cada lado, por sobre los brazos de la cómoda silla monacal.

—He tenido el gusto de oír á vd. durante el tiempo de cuaresma ¡Bien, padre! ¡Bien! ¡Eso se llama predicar! ¡Tiempo há que no oía yo predicar así! ¡Bravo, amigo mío! ¡Bravo! ¡Es vd. muy joven todavía, y hay que esperar mucho de su talento!

Ante aquel huracán de elogios inesperados el clérigo estaba sonrojado, y confuso.

—No soy merecedor de tantas alabanzas, Sr. Ortíz. Mis buenos y piadosos oyentes saben bien que mi humilde voz no tiene más méritos que los que le prestan la verdad de la doctrina y la santidad de las creencias que expone. Yo no hago más que trabajar, y cumplir alegremente con mis deberes.

—¡Yo he oído á vd., amigo mío! ¡Yo! No es vd. quien debe juzgarse. Tuve oportunidad de oírle una noche, en que trató, con sobrada elocuencia, como era de esperarse, de un asunto harto difícil; de una cuestión.....

—¿De cuál?

—Padre: del Espiritismo..... Por cierto, que yo andaba en estos días preocupado con la famosa doctrina..... Cierta amigo mío.....

—Ya entiendo. Había vd. leído las obras de Allan-Kardec, de Pezzani..... de tantos otros cuyos libros tienen ya en los catálogos de las librerías no escaso número de líneas.

—La doctrina espiritista es muy seductora, ¿no es verdad?

—Sí,—replicó el vicario, casi interrumpiendo á su interlocutor, concediendo aparentemente, para no exasperarle, y adelantando la adversativa;— pero cuando, como vd., el lector tiene buenos principios, creencias firmes, estudios sólidos, instrucción superior y recto juicio, esas doctrinas de..... la magia moderna, contrarias á las ideas católicas, es decir, á la verdad, y hasta en pugna con el sentido común, á pocas líneas aparecen como son, meras fantasías, delirios nocivos, sueños de enfermo.

—A decir verdad, amigo mío, cierto libro de Figuier, algunos de Flammarión, con ese estilo tan hermoso.....

—¡Flammarión! El novelista de la Astronomía, como le ha llama-

do un sabio francés; con ese estilo tan lleno de gracia y colorido ha contribuido mucho á propagar entre las gentes americanas esas doctrinas..... ya sabe vd. que nos pagamos mucho por aquí de las obras de imaginación..... ¡Cuántos han tomado las fantasías del astrónomo como verdaderos axiomas!

El padre González que era joven, conocedor del mundo y de los hombres, y además instruido, comprendió, desde luego, con quien tenía que habérselas y procuró cortar los vuelos espiritistas á su interlocutor, menos, sin duda, por temor á sus dislates, pues sospechaba hasta dónde subían el talento, la erudición y la malicia del capitalista, que por llegar al asunto que allí le había llevado. Penetraba las intenciones de su adversario, quien adulándole primero y mostrándose luego, como acaso iba á hacerlo, mal creyente, se preparaba á salvar su bolsillo de un ataque; caso de que el vicario, viniera á solicitar su ayuda y cooperación para alguna obra emprendida ó por emprender en alguno de los templos de la ciudad.

—No vaya vd. á creer, padre, que soy espiritista, gracias á Dios estoy aún en mis cabales, pero me gusta leerlo todo; á mi edad ya no hay riesgo de que se extravíen las ideas.

—¡No señor! ¡no señor! murmuraba el vicario.

—Mis padres fueron católicos, y católico soy; así fui educado, y si no estuviéramos en la verdad, eso solamente bastaría. Así también he educado á mi hija. Créalo vd. y, vaya, sin modestia, y sin que parezca hipocresía, hasta exagerado soy en eso..... en mi casa no permito que se lea nada irreligioso. He llegado hasta proscribir de ella "*El Monitor*,"—y al decir esto, tomó el periódico, que recién abierto, despidiendo el acre olor del papel acabado de imprimir, estaba en la mesa, y estrujándole; dijo:—¿Entrar este papelucho á mi casa? ¿Qué lea esto mi hija? ¿Cuándo, padre, cuándo? ¡Cuándo!

El padre González callaba, mordiéndose los labios para dominar la risa.

Al fin, tras breve pausa, se compuso en el sillón, y pasándose los dedos por el niveo cuello inglés, que albeaba entre lo negro inmaculado de su mal recogida sotana, abordó el asunto. Había reconocido la posición del enemigo, si enemigo podía llamarse á tan excelente persona como era el Sr. Ortíz de Guerra.

—Pues bien, Sr. Don Eduardo, un grave asunto me ha traído á esta casa, y ya es preciso que tratemos de él.

Aprobó el capitalista con un signo y se dispuso á escuchar.

—He sido llamado esta mañana para prestar los últimos auxilios de la Religión á una infeliz mujer que está moribunda. Poco tiempo le queda de vida. Después de oírla en confesión he recibido de ella un encargo que me he apresurado á cumplir, tanto porque estos asuntos no deben dejarse para mañana, cuanto porque se trata de una joven, que si no es huérfana ya, no ha de tardar en serlo.....

—¿Huérfana?—No, padre, que le quedo yo.

—Vd. perdone; quise decir huérfana de madre.

—¡Ah! Ya sabía yo que estaba moribunda. Una buena mujer, que vive en la misma casa, vino oficiosamente á decírmelo esta mañana. Y, á decir verdad, la noticia me tiene desasosegado y triste.

—La moribunda me ha dicho, hace media hora, que buscara yo á vd. para suplicarle, en nombre suyo, que no abandone á su hija. Entiendo que á vd. debe la vida. Convendrá ponerle á cargo de una familia cristiana y respetable. Su edad, su inexperiencia, su hermosura, acaso la expondrán á mil peligros, y la única manera de precaverla contra ellos, es colocarla bajo el amparo de personas graves y de buenas costumbres. La moribunda pide á vd. perdón, si le ha ofendido; espera obtenerle amplio y generoso, y no duda un momento que su hija tendrá en el hombre á quien debe la vida, un verdadero apoyo paternal. Esto es todo.

El clérigo inclinó la cabeza apesarado, mientras jugaba, al apartar sus miradas del capitalista, con el embozo de la capa.

—No extraño esta pena. Pago con ella errores [juveniles, faltas lamentables de irreflexiva edad. He subvenido al mantenimiento de esa niña desde sus primeros años. Lleva mi sangre, y la amo. Esa buena mujer puede morir tranquila: esté vd. seguro de que esa joven será atendida dignamente. En cuanto al perdón que la madre me pide..... ¿Perdonarla?..... ¿De qué?..... Yo soy quien debe demandar ese perdón.

—Que ya está otorgado, Sr. Ortiz.

—Padre, me mortifica en extremo que haya vd. tenido que tomarse la pena de venir.....

—¿Por qué?—murmuró dulcemente el vicario — Es mi deber..... y me felicito de haber cumplido, con tan buen éxito, el encargo..... Así lo esperaba; voy á comunicárselo.

—Padre, dígame vd. que me perdone; que yo velaré por Carmen;

que se tranquilice para que recobre la salud. ¿Tendrá vd. la bondad de entregarle esto?—tirando de uno de los cajones de la mesa tomó un paquete de dinero que puso en manos del vicario.

—Vd. perdone no tengo billetes.....

—Gracias, Sr. Ortiz. Voy á entregar este dinero á quien sea debido.

El padre González se retiró. El capitalista, con exquisita cortesanía, le acompañó hasta la puerta.

—¡Quede vd. con Dios!

—¡A la orden de vd!

### III

Apenas hubo tiempo para que llamaran al padre González. A poco tiempo de llegar éste al *patio* de San Cristóbal exhaló Guadalupe el último suspiro.

Expiró á las siete menos cuarto. Tras los acostumbrados rezos, las buenas lavanderas tomaron posesión del cuarto mortuario. Doña Pancha declaró, desde luego, que por expresa recomendación de Ortiz se hacía cargo de la huérfana; nadie hizo objeción y la pobre muchacha fué confinada al departamento más remoto. Doña Pancha, Doña Manuela y Petrita, hábilmente secundadas por la casera, procedieron á tender el cadáver, en su pobre lecho, sobre una sábana blanquísima.

Guadalupe había sido muy bella; cuando la conoció en Jalapa Don Eduardo, era lo que se llama una mujer lucida. La penosa y cruel enfermedad que la consumió lentamente y que la llevó al sepulcro no fué bastante poderosa á quitarle su natural hermosura. Su rostro demacrado, intensamente pálido, con esa palidez del mármol viejo, guardaba mucho de la frescura juvenil, muy rara á los treinta y cinco años, aun en las personas de sana constitución y de vida menos precaria que la de Guadalupe.

Sobre muelles almohadas, cedidas durante la enfermedad de la difunta por una vecina, descansaba aquella graciosa cabeza ornada de negros cabellos ligeramente ondulados.

Doña Magdalena, este era el nombre de la caritativa y generosa vecina, había sido para Guadalupe y para Carmen una verdadera fuente de socorros. No tenía mala cara; era una morena de subido color y sospechosa conducta, sostenida á la sazón, con amplitud y hasta con lujo, por un tinterillo en auge, secretario del juzgado de 1.<sup>a</sup> Instancia, muy

dado á la política é inapreciable *factotum* para una borrasca electoral; redactor oportunista de periodiquitos vehementes, y hombre muy de fiar para quien contara con el apoyo de arriba, es decir, para todo candidato oficial con promesa infalible de regir los destinos del Estado.

La dadivosa Magdalena, Doña Magdalenita, ó Malenita, como la llamaban en el *patio*, era *muy gente* con todas las vecinas; con Guadalupe se había portado á las mil maravillas, y á ella y á unas señoras de la Conferencia de San Vicente, se debió que la infeliz tísica de nada careciera. Justo es decir que las demás vecinas cooperaron á obra tan benéfica con el mayor empeño. ¿Se necesitaba ropa, aunque fuera usada? Doña Magdalena. ¿Una medicina extraordinaria y costosa? Doña Magdalenita. ¿Buen caldo, biftec jugoso y bien preparado. Malenita. Pero eso sí, apenas se asomaba por el cuarto de la paciente..... ¡Les tenía un asco á los éticos! Ella dió las almohadas en que reposaba el cadáver, el cual con las manos enclavijadas sobre el pecho, modestamente vestido y rodeado de cuatro gruesas velas de cera, fué visitado en las primeras horas de la noche por todas las compañeras de lavadero y de casa.

Entre tanto, Doña Pancha y la casera preparaban lo necesario para el *velorio*. Los preparativos consistían en proveerse de pan, bizcochos, azúcar, café y de algunas botellas de aguardiente añejo, del mejor, para obsequiar, de media noche en adelante, á los doloridos asistentes.

Para nada de esto fué preciso acudir á Doña Malenita, ni á los vecinos. Para ello hubo y bastó con el dinero que Ortiz entregó al padre González, y que éste, sin declarar su procedencia, y advirtiéndole que no era suyo, puso en manos de Doña Pancha, como mujer seria y formal y muy amiga de la muerta.

Una de las vecinas mandó á su hijo, el chico aquel que acompañó al vicario á dar el viático, á la iglesia próxima, en la cual prestaba sus buenos servicios de monaguillo, por un jarro de agua bendita, que por ser sábado aquel día vino limpia y clara, y con la cual se hizo una solemne aspersión, sirviéndose de un hacecillo de fragante romero, producto del jardinito que, en cacharros y latas de petróleo, cultivaba en el traspatio la casera: exíguo, pero siempre florido jardín, donde lucían sus galas y primores albahacas, tomillos y geranios de olor, y donde cada año, por Abril, un rosal de largos y espinosos tallos, enfermizo y triste daba dos ó tres rosas pálidas por la anemia, pero eso sí llenas de aroma.

Jarro y aspersorio fueron colocados á los piés del cadáver, en espera de una mano piadosa que esparciera sobre la velada faz de la difunta tísica el santo rocío.

Entrada la noche y en espera de la hora de Animas, se fueron juntando las mujeres de la vecindad. Hablaban quedo y á cada instante suspiraban de lo más hondo de su pecho, y como era de esperar, después de lamentarse de las penalidades de la difunta, y de elogiar sus virtudes, hacían incursión vedada, breve y como de paso en la vida de Guadalupe y larga y minuciosa en la de Don Eduardo Ortiz.

A las ocho se rezó el rosario, con sus correspondientes *estación* y *ofrecimiento*, en versos de rima imperfecta, y un sinnúmero de preces especiales por el descanso eterno de la muerta y alivio de las ánimas benditas del Santo Purgatorio. Ya á las diez, en el corredor y cuartos próximos, mujeres y niños, parlanchinas las unas, soñolientos los otros, se arreglaban en grupos para pasar la velada.

Los hombres al volver del trabajo y de la *raya*, tuvieron noticia del suceso; salieron á tomar su poco de aire por calles y plazas, y vinieron al *velorio*, antes de que la casera, tipo de rigidez porteril, cerrase el zaguán, como de costumbre, aunque por aquella noche, á lo que parecía, quedaban en suspenso las leyes de clausura.

En aquellos grupos se hablaba de todo: de los trabajos, y cosas del taller, de si allá y acullá adeudaban á esta ó á la otra tanto más cuanto de lavado y planchado; de si Malenita había reñido ó no al *Señor Licenciado*; de las últimas corridas de Ponciano; de la contribución personal, terror entonces de paseantes nocturnos y trasnochadores calaveras, y de mil y mil cosas, no sin que los muy gandules de los mozos echaran su cuarto á espaldas acerca de las chicas del *patio* y de las *gatas* y *garbanceras* que servían en tal ó cual casa, y de si Carmen, la infeliz huérfana, era, ó no era, el vivo retrato de Doña Lolita Ortiz.

Entre los concurrentes se contaba un mozuelo, llamado Gabriel, de veinte años ó poco menos, garrido si los hay, oficial de ebanista, buen muchacho, económico y sin vicios, dado á la buena ropa, y que, según maliciaban sus compañeros de taller, y sobre todo las vecinas, era el preferido de la huérfana.

Alto, robusto, bien formado, apuesto y de mucha labia con las mujeres, era el mozo más listo del taller de Don Pepe Sierra, hábil y acreditado ebanista de la ciudad. Gozaba el Gabrielillo, ó *Gabriel*, como le llamaban casi todas las vecinas, de mucho partido entre las *garbance-*

ras del barrio y entre las *gatas* que vivían en seis cuadras á la redonda de la carpintería, donde trabajaba cinco días de la semana. Aunque no era perezoso, hacía San Lunes. No podía resistir al poder de la costumbre.

Digamos que Gabriel era hijo de Doña Pancha, y se comprenderá que desde aquel día la estopa quedaba junto al fuego.

A las doce rezaron el segundo rosario, sin el aditamento de fúnebres preces, pero como era del caso, muy cargado de jaculatorias en bien del alma de la difunta; cosa muy natural, en hora tan avanzada, después de tanto hablar, y cuando, por unanimidad, aquellos estómagos vacíos suspiraban por el café humeante y oloroso, por los bizcochos suaves y el pan azucarado, y por un traguito de aguardiente, tan eficaz para entonar el cuerpo y darle fuerzas, contra la destemplanza que produce prolongada vigilia.

Después del café fueron retirándose algunas vecinas, y no pocos varones, que formaban en el facundo grupo del corredor, donde, ya fuese por olvido, por lo excitante de la negra bebida, ó por las virtudes oratorias del añejo, se principiaba á hablar más alto.

La reina de la noche, muy gordinflona y engestada, iba á todo correr rasgando nubes, derramando de lleno su plateada luz en los corredores, cuyos pilares proyectaban oblicuamente sobre el piso la negra sombra de sus cañas. Las estrellas cintilaban inquietas; el agua parlotaba alegremente en los caños del lavadero, se percibía el lejano rumor de los bosques del valle, agitados por el viento, y se oía claro y sonoro el murmurar del río. De pronto, una bocanada de aire reseco y ardiente se coló en el patio, cambiando rápidamente el estado de la atmósfera, levantando una nube de polvo, silvando en las cuerdas y *tendederos* y haciendo bailar á las enaguas y calzones pendientes de ellos, y que albeaban á la luz del astro melancólico, una danza sacudida y grotesca.

Allá en el fondo, en lo interior del cuarto mortuorio, se veía rígido, cubierto el rostro con un pañolito de cenefa, el cadáver de Guadalupe, alumbrado por los cirios cuyas llamas titilaban agitadas por el viento, despidiendo fulgores rojizos y medrosos.

RAFAEL DELGADO.

[ Continuará. ]

## LITERATURA MEXICANA.<sup>1</sup>

Vamos á resumir todo lo dicho en la presente obra, y á concluir, examinando brevemente los siguientes puntos: 1º La poesía mexicana no ha llegado todavía á la posible perfección, sin poder aspirar aún al título de verdaderamente nacional. 2º Sin embargo, tiene un mérito relativo. 3º Causas de los defectos que se observan en la poesía mexicana. 4º Modo de corregir esos defectos.

\* \* \*

Que la poesía mexicana no ha llegado todavía á la posible perfección; que no tenemos todavía otra cosa sino gloriosas individualidades, y no poesía nacional con carácter propio, son verdades que resultan de los siguientes hechos.—En el género lírico, así como en el descriptivo, narrativo y dramático, los poetas mexicanos algunas veces han imitado á los buenos autores; pero otras á los malos, los gongoristas antiguos y contemporáneos, los prosaicos, los ultra-románticos, los sentimentalistas gemebundos, los sensualistas, etc.

Aun la propensión á imitar no sólo lo feo sino lo bello, ha dado por resultado que carezcamos de un poeta primitivo, verdaderamente original, en toda la acepción de la palabra. No se exceptúa de nuestra proposición ni el príncipe de los dramaturgos hispano-americanos, Alarcón y Mendoza, pues no es cierto, como algunos suponen, que fuese el inventor de la comedia moral ó filosófica: la idea de ella estaba indicada por Cervantes en el Quijote [parte 1ª, capítulo 48], y varios ejemplos de esa clase de piezas se hallan en algunas anteriores á las de Alarcón, como *La Celestina*, cuyo objeto es demostrar los funestos resultados de entregarse á mujeres viciosas; el "Lindo D. Diego" de Moreto, donde se censura la presunción; el "Rico ó pobre trocados" de Lope: en esta comedia el autor no quiso únicamente divertir, como lo hacía generalmente, sino probar que la ociosidad, el juego, y la re-

<sup>1</sup> El presente escrito corresponde al *Epilogo*, Capítulo XXII, de la segunda edición corregida y muy aumentada, que próximamente se publicará, de la obra *HISTORIA CRÍTICA DE LAS CIENCIAS Y DE LA LITERATURA EN MÉXICO*, por D. Francisco Pimentel.